



dintel

# The way to Dakota

Aura Jessid Márquez Malpica\*

## I. Escape

Huye de tu casa, lejos, donde nadie pueda nunca encontrarte. Te has despedido de tus padres con una discusión. No sabes si ir hacia el norte o hacia el sur. Tomas tu auto casi recién estrenado y metes el pie hasta el fondo del acelerador. La velocidad hace volar las lágrimas que corren libres por tu rostro. Libertad. Una palabra muy extraña. Te preguntas si la noche será lo bastante larga como para no arrepentirte de lo que acabas de hacer. Conectas tu reproductor en el radio y esperas pacientemente. Tu pie en el freno. Has despertado. Miras a tu alrededor, autos. Estás en la carretera. Te preguntas qué decisión tomarás. Tu subconsciente pide ir hacia el sur. Hacia donde la conociste. Más lágrimas caen en el pantalón deslavado que te pusiste por la mañana. Necesitas huir. Tu móvil suena. Contestas sin siquiera ver. Es tu madre. Escuchas gritos desesperados y llantos sin sentido. Tú te despediste, no pueden ponerse así. Cuelgas. No quieres saber nada más. Deseas comenzar una nueva vida. Lejos de los amigos hipócritas, de las miradas culpables. Te sientes con renovadas fuerzas. Miras el asiento del copiloto. Ella podría ir ahí. ¿La encontrarías de nuevo? No puedes dejar de pensar en tus padres. Miras hacia atrás y encuentras todo aquello importante en tu vida. Un fólter con dibujos. Una lámpara con estrellas. Fotos de las últimas vacaciones. Ropa extraña. Pósters. Una caja de recuerdos. Cartas. Flores de plástico. Una máscara del carnaval. Flores disecadas. Los tenis que utilizaste en el concierto de tu grupo favorito. Miras hacia adelante. La lluvia golpea desde hace un rato el parabrisas. Pones a funcionar los limpiadores y arrancas. Te preguntas cuánto tiempo estuviste en medio de la calle. Miras el reloj. Doce y media. Apenas han pasado cinco minutos. Te das cuenta de que fuera de tu casa el tiempo pasa más lento. Un auto te rebasa por la derecha y se pone

en frente de ti. Te es familiar. Das vuelta en la primera curva y ya no los ves. Pero te has perdido. Te estacionas en un extremo del nuevo camino y sacas el mapa. Más lágrimas en tus ojos. Ese mapa era de ella. Tenía resaltados todos los caminos que llevaban hacia Dakota del Sur. Todos los caminos que iban hacia ella. Te secas las lágrimas con la venda con que burdamente te curaste la herida de la muñeca. Piensas en tus amigos. Aquellos que te dijeron que no era bueno cortarse. Amigos que en realidad frecuentabas por costumbre o por tener alguien con quien pasar el rato. Nunca comprendiste tus sentimientos hacia ellos. Quieres estar sola. Afuera hace frío. Adentro el amor hace que te sientas gélida. Prendes la calefacción. Nuevamente pones el auto en marcha. Han pasado diez minutos desde tu escape. Quieres llegar a Dakota lo más rápido posible. Recuerdas el motel. La cama. Las almohadas. Todo aquello que viste a su lado. Intentas que el radio reaccione y pones tu canción favorita. Te olvidas de todo. La lluvia deja de caer. Miras por la ventana y un árbol sin hojas te dice adiós. Es otoño, tu estación favorita. Arriba, la luna ilumina tu camino con extraña luminosidad.

## II: Motel

Llegas al motel y pagas por adelantado. No sabes cuántas noches estarás ahí. No piensas salir. Quieres descansar. Pensar. No pensar. Dormir. Despertar. Comer. Volver a dormir. Quedarte acostada en la cama. Escribir. Hablar con las paredes. Quieres hacer todo aquello que no estaba a tu alcance. Respiras el aire dulzón del otoño. Recuerdas el olor de ella. Tomas el auto y llegas a tu habitación. Sacas la maleta de la cajuela. Abres lentamente la puerta de la habitación treinta y seis. Respiras. Huele a sexo. Vuelves al auto por la lámpara y el fólter. Tomas una caja, metes ahí todo lo demás. Cierras el auto y le pones alarma. Estarás dentro en la habita-

\*Estudiante de la carrera de Ingeniería en Sistemas Computacionales en la ESCOM.  
electric\_jessy@live.com.mx

ción mucho tiempo. Acomodas tus cosas con una tranquilidad poco frecuente. Te acuestas en la cama. Huele a sexo. Llevas tu mano debajo de tu pantalón. La ropa interior le abre paso a tus dedos. Estás acostumbrada a esto. Te tocas. Piensas en las veces en que estuviste sola en tu cama color rosa. Piensas en las veces que estarás sola en las sábanas con olor a sexo. Hace tiempo que el placer solitario era el único medio de escape de la realidad. Sientes que te vienes. Una lágrima silenciosa se resbala por tu mejilla. Un escalofrío placentero recorre tu cuerpo. Vuelves a llorar. Te sientes tan sola que quisieras arrancarte la piel. Te levantas de la cama. Caminas hacia el baño y abres la puerta. Miras la tina. Abres el grifo y el agua comienza a surgir. Una risa amarga surge de tu garganta. Te desnudas mecánicamente. El baño comienza a llenarse de vapor cuando entras en el agua. Acomodas la cabeza en un extremo de la tina. Piensas en mil cosas y a la vez en nada. Respiras. Ya no huele a sexo. La humedad invade tu cuerpo. No sabes si el aumento del nivel del agua es porque olvidaste cerrar el grifo o porque sigues llorando. Sumerges la cabeza. Dejas de respirar. Miras hacia afuera. El agua distorsiona el reflejo de una sombra en el espejo. Sola. Estás sola. Infinitamente sola. Estúpida y sola. Rechazas una ola de autocompasión y sales del agua. Sueltas la venda de tu muñeca. Miras la cicatriz fresca. Una cruz. Te ríes de tu propia ingenuidad. Alcanzas una pastilla para hacer burbujas y la sumerges. Te quedas dormida. Sueñas con un chico. Alto. Lindo en algún momento de su vida. Miras sus brazos y sus piernas. Observas cómo se mueve cuando se mueve hacia ti. Te sientes indefensa y desnuda. Sientes cómo comienza a tocarte. Te duele. Te lastima. Es demasiado brusco. Demasiado fuerte. Tu cuerpo le responde. No sabes cómo terminaste ahí. Se mueve dentro de ti con destreza. Sientes que te parte en dos. Despiertas. Más lágrimas corren por tus mejillas. No puedes dejar de llorar. Gritas. Tu alma se desgarrá lentamente. Te aferras a la tina mientras tu corazón agitado intenta recuperar un poco de aliento. Sales de la tina. Te envuelves en una mullida toalla blanca. Te abrazas como te abrazaría ella si estuviera. Te acuestas desnuda en la cama, aferrada a la toalla. No quieres pensar. No soportas hacerlo. Vuelves a quedarte dormida. Sueñas con paredes manchadas de sangre. No puedes más.

### III. Tears

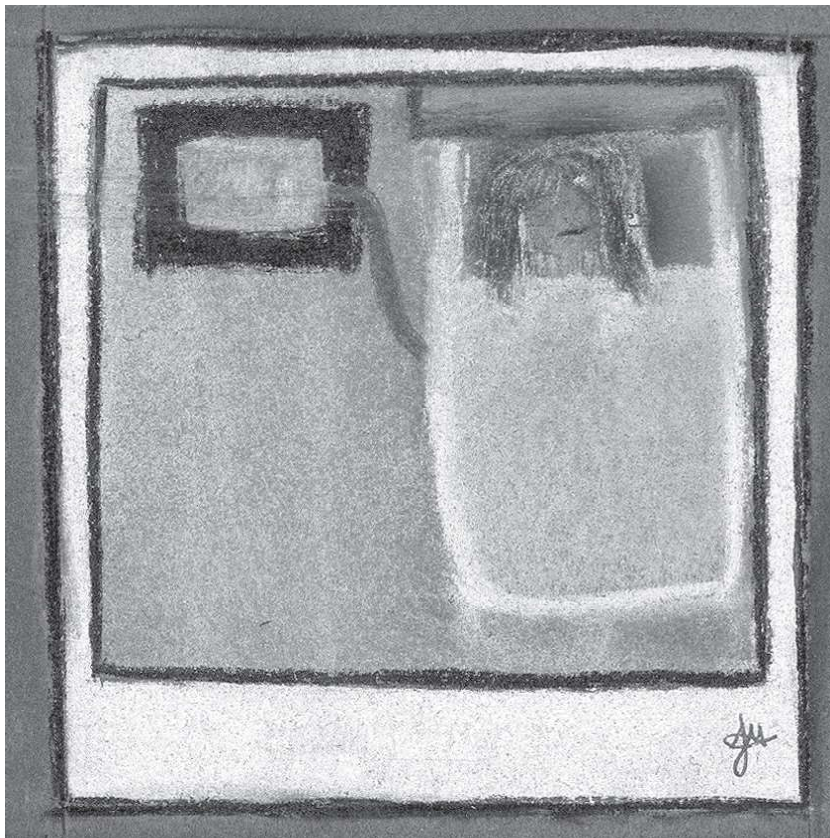
Despiertas. Aún no es de día. Escuchas gemidos a través de la pared. Te acercas a la almohada. Sientes un escalofrío que recorre tu médula espinal. Te levantas de la cama, abres la maleta y sacas unas pantaletas y un suéter. Te vistes mientras sigues escuchando los gemidos. ¿Acaso son dos hombres? Te sientes peor. Las lágrimas que mojan tu cara ya no son una novedad. Suspiras. Quieres ha-

blar con alguien. Miras tu móvil. No hay llamadas ni mensajes. Nadie te llama nunca. La única persona que quieres que te llame hace tiempo ya que olvidó tu número. Las lágrimas golpean tu pecho con más fuerza. Comienzas a desesperarte. Te tiras en la cama y abrazas la almohada. Piensas que lo que sale de tus ojos ya no son lágrimas, sino tu alma misma. Lloras porque crees que lo has perdido todo. Tu familia. Tu amor. Tus verdaderos amigos. Tu inspiración. Tu talento. Tu mundo. Tu cordura. Tu alegría. Tu entusiasmo. Tu vida. Lloras más aún al abrazar el recuerdo de ella. Tus pulmones piden un descanso al igual que tus ojos. Tu corazón implora un poco de piedad. Pero no dejas de llorar. No, porque el dolor de perder el alma es más fuerte que la misma muerte. Entre lágrimas vuelves a dormir. Es un sueño intranquilo. Sientes cómo de tus ojos siguen resbalándose miles de lágrimas. Lágrimas perladas. Lágrimas azules. Lágrimas negras. Lágrimas moradas. Lágrimas infinitas. Demasiada tristeza. Continúas llorando mientras te intentas autoconsolar. No lo logras. Te muerdes los labios y frenas el torrente de melancolía que viene hacia ti. El dolor en el corazón hace que tus ojos vuelvan a derramar lágrimas. No puedes controlarlo. Un sueño profundo te arrebató de los brazos de la depresión. Sueñas que encuentras un gato. Todo el tiempo eres feliz porque la vida de otro ser depende de



Imágenes: Aura Jessid Márquez Malpica.

## IV. Bittersweet



la tuya. Despiertas. El sol da de lleno en tus ojos débiles por las lágrimas. No quieres levantarte. Volteas la cabeza hacia el otro lado. Escuchas un maullido. Vuelves a llorar. No puedes controlarte. El torrente de recuerdos hace que te aferres más a la almohada. No puedes soltarla. Sientes que el mundo da vueltas. Sabes que la almohada está empapada, pero es al único a lo que puedes aferrarte. Tu móvil suena. No quieres contestar. Volteas y miras el nombre. Es ella. Contestas. Lloras. Tú también estás llorando. Te dice que vio tu auto afuera del motel. Pregunta si puede pasar. Le ruegas que sí. Al abrir la puerta no puedes creer que la estés viendo. Está ahí, como la recordabas. La abrazas y te aferras a ella. Pero de pronto, se desvanece. Despiertas. Tu móvil suena. Es tu mejor amiga. Contestas. Le cuentas lo que te acaba de suceder. Lloran juntas. Te dice que estés tranquila, que irá a verte pronto. Se corta la comunicación. Está muy lejos. En España. Lloras porque no pudiste decirle que la querías. Vuelves a escuchar un maullido. Ves un gato dentro de la habitación. No sabes cómo entró. Te gusta. Viene hacia a ti y ronronea cuando lo ves. Le acaricias las orejas. Tus lágrimas le mojan la nariz. Se sube a la cama. Lo miras. Es pequeño y está limpio. Te mira pidiéndote permiso para dormir en tus jeans. Cierras los ojos. Duermes, más tranquila de lo que lo has hecho en años.

Te despierta tu estómago pidiéndote comida. Miras a tu alrededor. Un maullido le da la bienvenida a la mañana. Sonríes. No es una sonrisa real, sino un descanso a la tristeza. Te vistes con los mismos pantalones que ayer y no te pones nada debajo del suéter. Le rascas las orejas a tu gato. Has decidido cuidarlo. Piensas en cómo llamarlo. Dejas cerrada la puerta y pones el letrero de no molestar. Caminas por la calle. Te sientes libre. Libre, pero muy deprimida. El móvil en tu bolsillo vibra. Contestas. Es tu tía. Te pregunta dónde estás. Tú no contestas. Recuerdas la última vez que te abrazó. Te sientes impotente. Sigue hablando mientras tu mano va hacia abajo. Al final del brazo, tu mano cierra de pronto el aparato. Nuevas lágrimas salen de tu rostro. Has llegado a un restaurante. Pides chocolate caliente y un sándwich. La cocinera te reconoce. Pregunta por tu novia. Vuelves a llorar, esta vez caes en una de las sillas de la barra. Te cuenta una historia extraña acerca de una amiga suya. Sigues llorando mientras ríes al escucharla. La extrañabas. Al final, después de servirte el sándwich, desaparece. Comienzas a comerlo, lentamente. Una ola de tristeza te invade. La recuerdas, tan rubia, tan hermosa. Te parece que te observa desde el vidrio exterior. Volteas, sólo te saluda un árbol desnudo. Te recriminas mentalmente, ella ya no vive aquí. Bebes un sorbo de chocolate. Está amargo. Lloras. Ahora está dulce. No entiendes el cambio. Sientes que alguien te abraza. La cocinera volvió a aparecer. Te abrazas a su olor gastronómico. Te dice que estarás bien. Le preguntas dónde encontrar a la chica que te ha quitado el sueño los últimos dos años de tu vida. Ella no te responde. No puede. Tiene un nudo en el corazón. Le ruegas que te diga dónde está. Sólo niega con la cabeza. No puedes soportarlo. La sueltas súbitamente. Le gritas que no sabe todo lo que has sufrido. Caes de rodillas al piso. Ella te sigue. Te dice las últimas noticias. Ella está en el hospital. En coma. Una sensación dulce te invade. Ya sabes dónde encontrarla. Después, lentamente, una sensación amarga. La sientes corriendo por tu espalda, por tus senos, por tus piernas. Te invade en dos segundos. Gritas. No puedes creerlo. La cocinera te pide que te calmes. Te da la dirección del hospital y la habitación en la que está tu chica. Corres. Corres como nunca has corrido en tu vida. Te olvidas de tu auto. Te olvidas del motel. Sólo quieres verla. Sigues corriendo. Cruzas las calles sin siquiera darte cuenta. El aire es dulce. Tú eres amarga. No puedes contenerte. Entras al hospital casi sin aliento. Te registras. Una enfermera extraña te dice cómo llegar hacia la chica que buscas. No puedes creer que el elevador se mueva tan lento. Aprietas los botones. Parecen dulces. De esos dulces que solía comer ella cuando estaba triste. No lo puedes creer. La has encontrado. Corres y chocas con un médico de pantalones ne-

gros. Te mira a través de sus lentes rectangulares. No te importa. Sigues corriendo. No puedes esperar para verla. Abres la puerta. La miras ahí, tan indefensa, tan débil y pálida. Su cabello rubio ha perdido el brillo. Sus labios son blancos, no rojos como antes. Miras las flores marchitas en el florero. Te sientes tonta. Está como si estuviera dormida. Descansa. Miras sus muñecas vueltas hacia enfrente. Tiene cicatrices. Miras tu propia muñeca envuelta en una venda sucia. Ella te amaba. Y tu amor ha renacido de las cenizas.

## V. Hospital bed

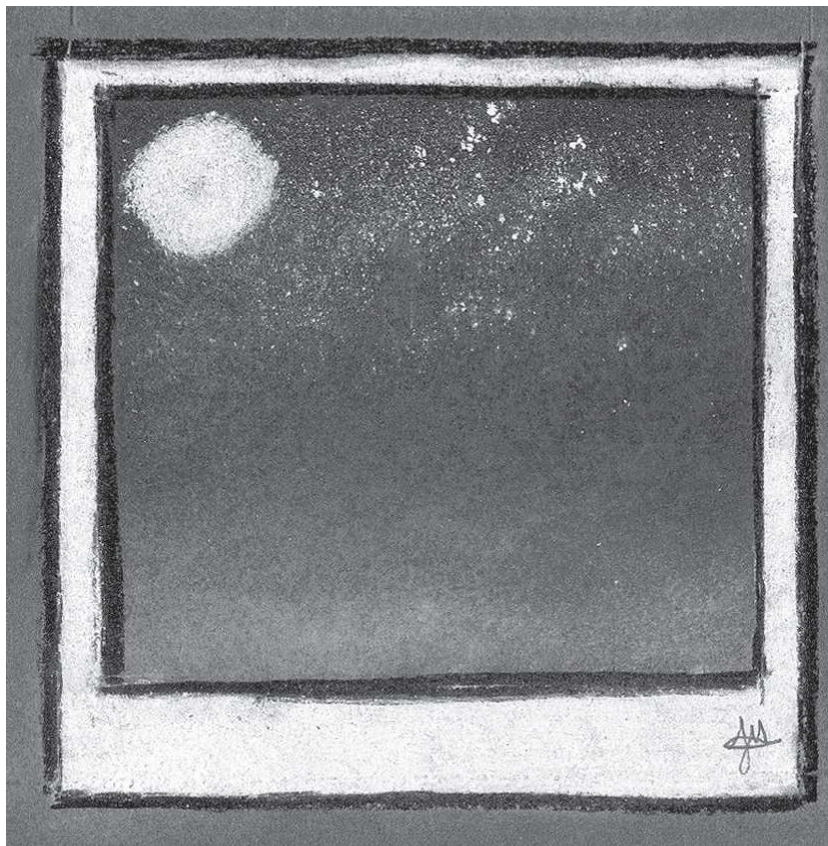
Acercas una silla a la cama. No te das por vencida. Quieres que despierte. Le hablas de amor. Le recitas un poema. Cantas para ella. Acaricias su cabello. Le pides que despierte. Comienzas a llorar. Ella no responde. Sigue estando tan dormida como antes. No puedes seguir así. Le pides perdón. Le suplicas que te perdone. Entra una enfermera. Te dice que ha estado así desde hace dos años, que ya no hay casi esperanza. Te niegas a creerlo. Hace dos años le habías dicho la verdad. Y ella te había dejado. Teniendo razón claro, una traición de ese tamaño no se perdona fácilmente. Le pides a la enfermera que te diga cuándo ingresó la chica. Doce de septiembre. Una semana después de la separación. Preguntas quién va a verla. La enfermera te dice que sus padres y una chica. Su hermana. Tomas el móvil y llamas. Te contesta la chica a la que por año y medio llamaste cuñada. No sabe cómo tratarte. Cuelga rápidamente. Miras la cama. Sientes escalofríos. Tanta blancura te hace sentir triste. Lloras. Manchas la blanca almohada. Algunas lágrimas caen en su cabello. Se encapsulan. No pueden tocarla. El reloj suena. Te acomodas junto a su brazo con suero. Te quedas dormida. Sueñas que despierta. Tu móvil suena. Es tu madre. No contestas. Vuelves a dormir. Sueñas que te encuentran. Una y otra vez huyes. Despiertas. Ya es de noche. La enfermera te saca de ahí. Te dice que si quieres puedes volver al día siguiente. Te abrazas a ti misma. Las lágrimas invaden tu corazón. Caminas fuera del hospital. Piensas en la cama donde ella está. Tu corazón no responde. Caes de rodillas a mitad de la calle. No puedes más. Piensas en la sábana blanca que cubre su desnudo y frágil cuerpo. Te levantas. Harás lo que sea necesario para que ella despierte. Caminas hacia el motel. Cuando abres la puerta, un felino te recibe. Lo cargas. Sientes su corazón palpitando contra el tuyo. Le besas la nariz. Piensas en el suero. No puedes contenerte. El gato ronronea. Lo miras. Te entiendes. Comienzas a hablar con él. Te acuestas en la cama y él sigue escuchándote. Ríes y lloras al mismo tiempo. Te quedas dormida. Sueñas que eres tú quien está en esa cama de hospital. Te sientes culpable. Te empapas de culpa. Ya no quieres soñar. Despiertas. Te levantas e intentas no desper-

tar al gato. Tu móvil suena. Es tu padre. Contestas. Te dice que eres una zorra. Tú le respondes que él es un idiota. Te advierte que te encontrará. Cuelgas. Lo odias. Jamás entenderá lo que es el amor. No te arrepientes. Extrañas a tu hermano. Prometes mentalmente ir a visitarlo algún día, cuando ella esté bien. Acomodas tus rosas de plástico en un florero viejo. Entrás al baño, te miras en el espejo. Te humedeces la cara. Frío. Vuelves a mirarte. Un vago reflejo de ti misma te devuelve la mirada. Rompes el espejo. No soportas verte. Piensas en vendas blancas. Te abriste un costado de la muñeca. Envuelves la herida con una venda. Te ríes. No puedes dejar de herirte. Sientes lástima por ti. Respiras profundo. Te miras en los trozos de espejo. No puedes engañarte. Te duele. El blanco te hace sufrir, porque representa pureza. Y tú, no eres pura. Tu corazón ha sido corrompido.

## VI. Broken smile

Pasan los días. Diario vas al hospital. Escribes junto a ella. Le cantas. Le pones música. Un día notas un extraño cambio. Ella sonrío. No es una sonrisa linda. Es una sonrisa rota. La conoces bien. Besas sus labios fríos. Quieres salir de la habitación. Ves el gesto en todas partes. Todas las sonrisas están rotas. Te escondes bajo la cama. Rodeas tus piernas con tus brazos. No quieres abrir los ojos. La enfermera entra a buscarte. Te pregunta si estás bien.





Estás llorando. Te lleva a la cafetería. Intenta tranquilizarte. Le cuentas tu historia. Ella te mira con cara de asco. Corre lejos de ti. Sonríes. Ésta es otra sonrisa rota. Recuerdas. Pero no quieres hacerlo. Corres a verla. El mismo gesto. Piensas en cada una de las sonrisas rotas que te han sido dedicadas. No puedes vencer el miedo. Tu madre y tu padre. Te han encontrado. Corres. Intentas esquivar a cada uno de los médicos que pasan a tu lado. Huyes de tu pasado. Llegas al motel. Ellos te siguen. Corres a tu auto y metes el acelerador hasta el fondo. Estás dispuesta a perderte. Tu móvil suena. Contestas. Es tu mejor amiga. Le dices que has encontrado a tu chica. Ella te alienta a huir. No puedes detenerte. Te internas en caminos llenos de ortigas. El auto de tus padres sigue detrás de ti. No vas a detenerte. Sacas el mapa mientras conduces. Huyes, más al sur. Siempre sabrás cómo regresar. Piensas en los labios de ella. Por un momento olvidas su nombre. Piensas en el gesto. Vas a chocar. Das una vuelta brusca y te salvas. Tus padres chocan con el auto que casi te mata. Sonríes. Tu sonrisa encierra miles de cosas. Felicidad. Ira. Depresión. Soledad. Amor. Odio. Lujuria. Pasión. Estupidez. Locura. Paranoia. Tristeza. Lástima. Esperanza. Desesperación. El torrente de emociones te hace gritar. Tomas el primer retorno. Tus padres están bien. Tu madre está llamando a la aseguradora. Tu padre grita que no se dará por vencido. Pones el radio a todo volumen. Tu canción favorita otra

vez. Al llegar al motel, has escuchado la canción cinco veces y media. Te sientes viva. Entrás y te pones el vestido que le gustaba a ella. No tienes dónde mirarte. Acaricias tus hombros desnudos. Tu gato maúlla, estirándose en la cama. Te acuestas en la cama con una almohada entre las piernas. Quieres dormir. Llamas a tu puerta. Miras quien es. Abres una pequeña rendija de la puerta. Un hombre musculoso te dice que si tienes algún problema. Cierras instintivamente la puerta. Odias a los hombres. Vuelves a acostarte en la cama. No sabes qué hora es. Tu móvil suena. Es la enfermera de tu chica. Te dice que debes ir pronto. Ella ha despertado. No lo puedes creer. Intentas abrir la puerta pero no puedes. Está atascada. Tienes un ataque de pánico. Despiertas. No era cierto. Miras la hora. Nueve cuarenta y siete de la noche. Vuelves a dormir. Tu gato araña tu espalda suavemente. Le preguntas que le pasa. Se acomoda en tus pies. Ambos tienen frío. Tu cabeza da vueltas. Sonríes. No puedes contenerte. Estás sola. Pero ella está cerca. Y tienes la certeza de que despertará cuando esté lista. Le pedirás perdón. Llorarán juntas. Responderá tus preguntas. Tú responderás a las suyas. Volverán a ser una misma. Como hace dos años. Convencida, te quedas dormida. No puedes dejar de pensar en sus ojos color caoba. Abrazas su recuerdo. Toda la noche sueñas con ella. Sueñas que le haces el amor. Que la tienes entre tus brazos. Que grita tu nombre. Sueñas que te ama. Sueñas que tú vuelves a amarla. No recuerdas nada más. La amas.

## VII. Scared

Miras el reloj. Tres treinta y dos de la mañana. Ya no puedes dormir. Te das cuenta de que estás desnuda. Te levantas al baño. No escuchas ningún maullido. Te acercas a la ventana. Hay un cadáver en el piso. Es tu mejor amiga. Junto a ella, el asesino. Lo miras. Es él. El chico que causó que te separaras de la chica que amabas. Tiene un cuchillo en la mano. Cierras la cortina. Huyes hacia el baño. Te encierras ahí. Lloras por la pérdida de la persona que más amas después de tu chica. Escuchas cómo se abre la puerta del cuarto. Te aferras a tu desnudez. Pones el seguro del baño. Escuchas un lamento felino. Escuchas la piel rompiéndose. El corazón de un minino dejando de latir. Sigues llorando. No quieres gritar. Abre la puerta. Está ahí. Frente a ti. Te mira. Sonríe. Te sientes morir. Te toma en brazos. Comienzas a patearlo. Pone su mano alrededor de la garganta. Clava sus uñas mal cortadas. Te tira en la cama. El cuchillo está peligrosamente cerca de tu pecho. Gritas. Ruegas al cielo. Tu móvil suena. Una enfermera llama. Tu chica ha muerto. Lloras de dolor. No puedes contenerte. Luchas contra la fuerza masculina de tu atacante. Al sentirlo dentro, sientes que te desgarran. Gritas más de lo que has gritado en tu vida. Quieres morir. Le pides que te

mate. No lo hace. Goza con tu cuerpo. Lanza el cuchillo lejos de ti. No puedes detenerlo. Te besa. Su lengua se introduce en tu boca. Quieres vomitar. Araña la piel sucia del tipo. Se viene dentro de ti con una gran explosión. Gritas. Te ahogas con tu dolor. Peleas. Luchas con todas tus fuerzas. Lo sacas de ti. Dispara. Estás sangrando. Mueres, lentamente. Eres feliz. Vuelve a violarte. Te duele tanto el disparo que pides morir. Pero no fue en un punto vital, así que la sangre mana y la vida no se va por ahí. Sientes que se viene. Te sientes morir. No puedes soportar más dolor. Gritas. Tu alma se intenta escapar. Te sientes seca. Muerta. Desgraciada. Quieres terminar con todo. Desaparecer. Quemarte la piel. Sientes que tu corazón estalla en mil pedazos. No puedes con más dolor. Te deja sola. Herida. Tu cama es tu único refugio. Miras al lado. La pistola cargada se quedó junto a ti. La tomas entre los dedos. Lloras. Acercas la pistola lentamente a tu sien. Aprietas el gatillo. Te miras a ti misma. Muerta. Con la sangre derramándose sobre la almohada blanca. Despiertas. Gritas. Tocas tu cuerpo. Estás completa. Miras tu móvil. Tres llamadas de tu mejor amiga. Tu gato duerme junto a ti. Tu corazón está a punto de salirse de tu cuerpo. Ríes. Estás histérica. Miras hacia todos lados. La cara de él está por todas partes. Te mira. Te observa. Te estudia. Se acerca. Se acerca. Se acerca, cada vez más rápido. Ruegas. Suplicas. Con nada se detiene. Las carcajadas que surgen de su boca manchada de sangre no te dejan en paz. Te taladran los tímpanos. Despiertas. Miras a todos lados. Despiertas a tu gato. Lo miras a los ojos. Estás sudando frío. En la ventana no hay sombras. No hay llamadas en tu móvil. Nadie ha forzado el seguro de la puerta. Estás vestida. Te sientes desfallecer. Todo se vuelve negro.

### VIII. The end

Te sientes incapaz de salir. Duermes. Necesitas despejar tu mente. Quieres olvidar todo lo que soñaste. Tu móvil suena. Es tu mejor amiga. Le cuentas el sueño. Te dice que debes tomar una pastilla y dormir un día entero. Lo piensas. Sacas las pastillas que no has tomado en semanas. Le dices a tu amiga que la quieres. Se ríe. Cuelga. Sabes que ella también te quiere. Te tomas la pastilla. Después de unos minutos te quedas dormida abrazada a tu gato. Sueñas con flores. Despiertas. Te sientes bien. Miras tu móvil. Tienes que ver a tu chica. No puedes esperar. Te vistes cuidadosamente. Tienes un buen presentimiento. Cepillas tu cabello hasta que quede suave. Te pones su perfume preferido. Llevas zapatos altos. Tomas tu auto y conduces al hospital. Caminas. Recuerdas tu sueño. Reprimas un gemido de dolor. No quieres recordar. No hoy. Prefieres seguir caminando. Las enfermeras no te reconocen. Subes a ver a tu chica. No encuentras la habitación. Te sientes extraña. Afe-

rras una camilla. No quieres desmayarte. Respiras. Encuentras la habitación. Te sientas junto a ella. Tomas su mano. Le hablas. Le cuentas todo. Lloras al recordar. Te aferras a su mano. Sientes un leve movimiento en su índice. Tu respiración se corta. Sueltas la mano. Miras de nuevo. Su dedo se mueve. Corres por un médico. Abre los ojos. Te mira. Está llorando. No puedes creerlo. La felicidad te invade. Recorre tu cuerpo. Pasan horas. No puedes entrar. Aparecen cambios. Doctores. Enfermeras. Te sientas a esperar afuera. Te quedas dormida. Sueñas con tu vida junto a ella. Te despierta una enfermera. Te dice cosas que te niegas a creer. Tu chica muere. Tiene unos momentos de conciencia. Su corazón se debilita poco a poco. No quieres verla. Pero necesitan hablar. Entrás en la habitación y pides que te dejen sola. Ella te mira. Su mirada está llena de tristeza. Le pides perdón. Vuelves a repetir tu historia. Ella ya no te mira. Lloro hacia la pared. Te dice todo lo que sufrió. Agrega que eres la única persona a la que puede amar. La besas. No puedes evitarlo. Te responde. Un «te amo» se escapa de sus labios. Respondes igual. No escuchas nada más allá de tu corazón y el suyo. Laten juntos. Te dice adiós. Sus labios se vuelven gélidos de repente. Dejas de escuchar el otro latido. Las máquinas comienzan a sonar. Unas manos fuertes te arrojan fuera de la habitación. Desfibrilador. Uno. Dos. Tres. Despejen. Aumenta la carga. Uno. Dos. Tres. Despejen. Nada. Comienzas a llorar. Tres. No



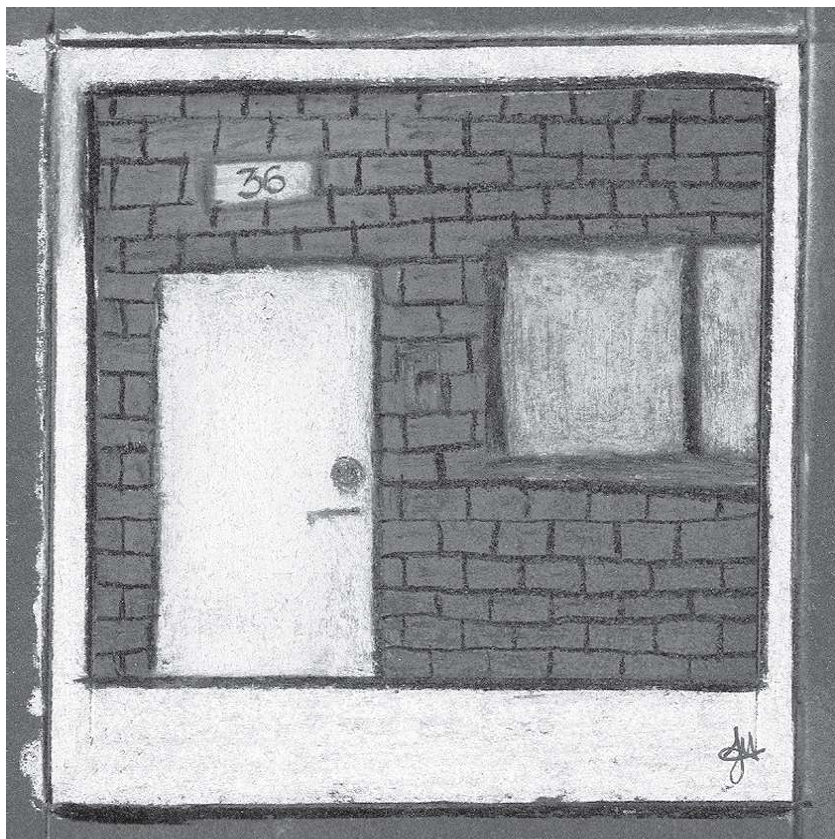
quieres escuchar. Uno. Gritas. Lloras. No quieres despegarte de la pared. Te niegas a dejarla ir. Dos. Hacen todo lo posible. Hacen todo lo que está a su alcance. No responde. No responde. Su cuerpo adolescente ha dejado de funcionar. Sus manos ya no volverán a tocar. No pueden dejarla ir. Aumenta la carga. Su última sonrisa. La última frase que te dijo. No la dejen ir. Aumenta la carga. Piensas en ambas. ¿A dónde irá? Miras a tu alrededor. No escuchas más la cuenta de los médicos. Las enfermeras una a una van saliendo. Te levantas. Hora de la muerte. Una de la tarde con doce minutos. El doctor cierra la puerta. No lo dejas pasar. Murmura un leve «lo siento». Lo odias. Quisieras matarlo. No sirve de nada. Ella se ha ido. Miras por una rendija la habitación. Una sábana blanca sobre su cuerpo. Cubres tus ojos. Quieres huir. No puedes estar ahí un minuto más. Corres. Huyes. Te dicen la hora del entierro. No quieres escuchar. Sigues corriendo. Sales del hospital. Un auto viene hacia ti. Un golpe. Escuchas un «te amo» a lo lejos. Todo en negro. No piensas. Tu corazón se detiene una milésima de segundo. Caes.

### IX.: The beginning

Despiertas.

Respiras. El respirador te estorba. Te duele la cabeza. Miras a tu alrededor. Una enfermera se da

cuenta de que has despertado. Un doctor viene a verte. Lo miras. Es el mismo que te sacó de la habitación de tu chica. Recuerdas. Comienzas a llorar. El respirador te asfixia. El hombre acaricia tu cabello. Quitas su mano. Odias a los hombres. Te mira con desprecio. Se va. La enfermera sale detrás de él. Miras a la mesa. Tu móvil. Quieres alcanzarlo. No puedes moverte. El cuerpo te pesa. Caes en letargo. Entra una figura femenina. La miras. Es la hermana de tu chica. Te abraza. Está llorando. En la puerta ves a sus padres. No quieres que se acerquen. Te piden perdón. No quieres escucharlos. El abrazo de la chica se hace más fuerte. No quieres que te suelte. Te dicen que ya ha pasado el funeral. Salen de la habitación. Después de un rato, la chica los sigue. Te quedas sola. Comienzas a pensar. Ella ya se ha ido. Te perdonó. Tienes que perdonarte tú también. Sabes que jamás volverás a amar. Lloras las últimas lágrimas de autocompasión. Quieres levantarte. Correr. Huir. Quieres regresar a Dakota del Norte. Buscarás un departamento. Vivirás sola. Te olvidarás de todo. Trabajarás. Pensarás cada día en ella. Te quedas dormida. No quieres vivir. Quieres ir tras ella. Pero no aún. Te quedas dormida. Sueñas con tu gato. Te preguntas qué estará pasando con él. Te preocupas por él. Piensas en tu habitación de motel. Piensas en las rosas de plástico. Quieres ir allá. Quieres acostarte en la cama. Quieres abrazar a tu gato. Necesitas sacar una libreta y escribir. No sabes cuánto tiempo pasa. Has perdido la continuidad. No sabes qué día es. Ni cuánto tiempo estuviste inconsciente. Despiertas. La enfermera te dice que te puedes ir. Llamaron un taxi para ti. Caminas con cuidado. Te detienes frente a la habitación donde murió ella. Lloras. Te sientes vacía. Te aferras a tus cosas. Tu móvil suena. Es tu mejor amiga. Le cuentas todo. Se corta la comunicación. Lloras más aún. Llegas al taxi. Le pides que te lleve al motel. Te sientes muerta. No te cobra. Bajas del vehículo. Miras tu auto. ¿Quién lo regresó del hospital? Entrás en la habitación. Tu gato corre a recibirte. Te precipitas sobre la cama. Estás en *shock*. Prendes la televisión. Acaricias a tu gato. Aparece su película favorita. Recuerdas su rostro. Lloras. Te quedas dormida en los créditos. Sueñas con ella. Después nada. Tu mente se queda en blanco. Tu corazón se detiene una centésima de segundo. Respiras. Abres los ojos. Debes vivir. Debes ver todo lo que ella no vio. Sonríes. Al fin es una sonrisa real. Tu móvil suena. Es tu padre. Te pide que regreses. Le dices que no los necesitas, que harás tu vida por tu cuenta. Se siente mal. Escuchas un grito del otro lado del teléfono. Cuelgas. No quieres saber más de ellos. Tu gato ronronea cerca de tu pecho. Lo abrazas. Se queda dormido al compás de los latidos de tu corazón. Recuerdas. Los pensamientos se arremolinan en tu cabeza. Piensas en todo lo que querías hacer con ella. Piensas en el futuro. Alguien te abraza. Estás soñando.



## X. Dakota

Ha pasado un año. Caminas. Tus zapatos de tacón se atorán en la tierra. Miras la tumba. Te aferras al ramo de rosas que has comprado para ella. Rosas blancas. Recuerdas. La primera vez que hicieron el amor. Rosas rojas. Llevas una guitarra en la espalda. Caminas con dificultad. Al llegar a la tumba saludas con un «hola amor». No esperas una contestación. Miras el cielo rosado. Los árboles color sepia. La tumba gris. Miras tus propias uñas negras. Cambias las flores marchitas que dejaron sus padres hace ya un año por tus flores frescas. Viajaste durante todo un año con el dinero que te dio tu abuelo antes de morir. Tomaste fotografías. Las imprimiste doble. Hiciste un álbum con todos los lugares que ella siempre quiso ver. Canadá. La India. Argentina. Japón. Suiza. Johannesburgo. México. Inglaterra. Marruecos. Rusia. Recuerdas miles de atardeceres en distintos lugares. Sacas el álbum. Lo pones sobre las manos del ángel que adorna su tumba. Tomas la guitarra. Comienzas a cantar su canción favorita. Aprendiste a tocar la guitarra. Escuchaste historias interesantes de cada lugar del mundo. Derramaste lágrimas en cada almohada que tocaste. Lloras. Hace tiempo que no te sentías así. Piensas que ella no debería haber muerto. Piensas en mil cosas y a la vez en nada. Sigues cantando. No puedes parar. Recuerdas tu infierno. Recuerdas el por qué la perdiste. Vuelves a pedirle perdón. Cantas. Tu alma se va en cada nota. Te arrodillas. Lloras. Le dices todo lo que no le pudiste decir mientras estuvieron juntas. Le cuentas todo tu sufrimiento. Sabes que te escucha. Le preguntas cómo está. Si tiene frío. Si piensa en ti. No responde. Te recuestas sobre la tierra. Abrazas la

cripta. Quieres estar con ella. Quieres ir a jugar con ella. Necesitas escuchar su voz. Cuando despiertas, ya es de noche. Un cuervo picotea tu zapato. Una luz viene hacia ti. Es ella. Su cabello resplandece. Lleva puesto el mismo camisón que tenía en el hospital. Toma tu mano. Está fría. Te dice que continúes por ambas. Señala la salida del cementerio. No te besa al despedirse. Le has prometido que vivirás. Despiertas. Un enterrador te observa. Te llevas la mano a la cabeza. Estás viva. Te levantas. Corres. Huyes. Pero esta vez no es de la realidad. Sino de la muerte. Llegas a tu auto. Metes el pie hasta el fondo del acelerador. Conduces por las calles de Dakota del Sur. El lugar donde la conociste. Pasas enfrente de su casa. Saludas con la mano a su hermana. Ves a sus padres en el supermercado. Te detienes en el restaurante para comer algo. Saludas a la cocinera. Lloras al verte. Cuando sales, te despides de ella con un beso. Sigues conduciendo. Miras el árbol donde se besaron por primera vez. Te bajas del auto. Te sientas bajo el árbol. Habías olvidado lo bien que se estaba ahí. Cuando regresas al auto, sólo quieres ir hacia el motel. Pides la habitación de siempre. Te acuestas en la cama. Recuerdas cómo se retorcía de placer en tus brazos. Te aferras a las sábanas. El torrente de recuerdos te mantiene en la cama. Al día siguiente, tomas tu auto. Conduces por la carretera. Recuerdas el día que intentaron huir más al sur. Estás llorando. Tu móvil suena. Miras quién es. Es tu mejor amiga. Te dice que regreses a casa, ya te tardaste demasiado. Le dices que estarás un tiempo fuera. Cuelgas. Aceleras más. El viento juega con tu cabello. Prendes el radio. Tu canción favorita. Tu corazón se quedó atrás. En Dakota e

